

LA FILOSOFÍA EN LAS ESCUELAS DEL MAGISTERIO

ARSENIO PACIOS

Si bien puede haber dudas respecto al valor formativo del estudio de la Filosofía con relación a otras disciplinas, como las Ciencias Naturales, las Lenguas muertas o vivas, las Matemáticas, la Religión; en lo que todos están conformes es en reconocerlo como un medio decisivo de formación de las facultades intelectuales y, de rechazo, de las volitivas. Sus métodos discursivos aplicados con vigor, el objeto difícil por naturaleza, que sólo por etapas y tras laboriosos esfuerzos puede ser alcanzado, las verdades obtenidas de hondura, solidez y universalidad, sólo aventajadas por las teológicas, hacen del estudio filosófico un instrumento insustituible para el desarrollo de la personalidad.

Por otra parte, la violencia a que hay que someter el lenguaje como medio de expresión del pensamiento, al pretender traducir con exactitud el proceso comprensivo y discursivo del entendimiento en su peregrinar lento y trabajoso por los temas filosóficos, hace que el estudiante se habitúe a la selección de vocablos, a la versión justa, exacta de su pensamiento, y le dota de una facilidad especial para exponer cualquier género de temas. Si tenemos en cuenta que la claridad de expresión está en razón directa de la claridad de las ideas, no nos será difícil descubrir la importancia del hueco que la supresión de los estudios filosóficos dejaría en el conjunto de disciplinas que se dirigen, con mejor o peor fortuna, a la capacitación del maestro en orden a sus tareas profesionales.

Estas reflexiones nos han llevado de la mano al examen de una faceta en manera alguna despreciable en cualquier plan de estudios de las Escuelas del Magisterio. El maestro es un profesional, y este es un hecho que no debe ser nunca perdido de vista en la ordenación de sus estudios. Toda su permanencia en el centro docente específico se ordena al desempeño de su profesión. Para ello debe contar con un bagaje de conocimientos actuales que tiene la misión de suscitar en sus discípulos por medio

de la enseñanza. En otras palabras: además de una seria formación, debe poseer una instrucción suficiente. En el maestro deben, pues, armonizarse ambas cosas, mientras que en el bachiller —que no es un título estrictamente profesional— la instrucción puede y debe ceder la supremacía a la formación, a la madurez. Y esta característica del Magisterio debe primar sobre su plan de estudios, si no queremos desconectar nuestros reglamentos de la realidad a la que van destinados y de la cual deben recibir todo su sentido.

EXTENSIÓN DE LOS ESTUDIOS FILOSÓFICOS

Ahora bien, la Filosofía no sólo tiene una palabra que decir en la formación del joven, sino que posee un alto valor instructivo. Aun en el caso de que no acercara a los ojos del joven alumno parcelas de la realidad no exploradas por otras ciencias —cosa que no es absolutamente cierta—, tendría la ventaja sobre ellas de dar consistencia y fundamento a todos los demás conocimientos. Sería un potenciador de la eficacia de las otras ciencias y, en definitiva, en ella se resolvería como en su base todo otro conocimiento racional. Pero es que, además, como insinuábamos, apunta a temas que le son exclusivos, como el origen y el destino y la naturaleza del hombre, Dios, el último fin, el sentido del universo, el conocimiento como tal, las últimas causas, el ser en toda su universalidad; temas todos ellos del máximo interés, porque en su solución se halla involucrado nuestro destino personal, que nos afectan con una hondura, una intimidad, una radicalidad tales que nuestro propio ser se ve implicado en su solución. Sólo esto explica que, a pesar de su aridez, apasionen tanto los temas filosóficos.

Por lo que hace al estudio de la Filosofía concretamente en los centros docentes del Magisterio, hay que añadir que esa disciplina presta base y consistencia a los estudios pedagógicos, que sin su apoyo resultan huecos y vanos, si no totalmente eliminados del conjunto de las ciencias.

Mas es preciso tener en cuenta que las adquisiciones filosóficas que en dos cursos pueden obtener unos alumnos cuya edad oscila entre los catorce y los dieciocho años, forzosamente

Don ARSENIO PACIOS es catedrático de Filosofía de Instituto y profesor de Escuela del Magisterio en Cáceres. Se ha especializado en Filosofía de la Educación, tema sobre el que ha publicado varios estudios.

tienen que ser elementales. Se ofrecen dos caminos a elegir: dar amplitud a los cuestionarios, incluyendo en ellos la mayor parte de las disciplinas filosóficas, aun a riesgo de incurrir en la superficialidad, como se viene haciendo actualmente; o bien reducir su amplitud para aumentar proporcionalmente su profundidad.

Ciertamente, la pretensión de amplitud tiene sus ventajas. De todos es sabido que la complicación es una característica de los temas filosóficos, de tal manera que toda solución de uno de ellos implica elementos que han de ser dilucidados en el estudio de otros. Y esto en mayor escala que en otras disciplinas, dado su carácter fundamental y sus consiguientes pretensiones de unidad y totalidad. Quizá ninguna ciencia tenga la exigencia de totalidad y de integridad que tiene la Filosofía. Sólo cuando se ha abarcado el conjunto, siquiera sea superficialmente, se hacen inteligibles las partes. Mas en todo caso, esto sería válido si se tratase de un estudio concienzudo de la Filosofía tomada como objeto primario, tal como acontece en la Universidad, en que, además, los alumnos disponen de una madurez intelectual incomparablemente superior y de un tiempo no tan avaramente escatimado y de una edad en que el entendimiento ha alcanzado ya mayor desarrollo. Pero querer hacer de la Escuela del Magisterio una Universidad en pequeño conduce necesariamente a la superficialidad, al verbalismo y, lo que es aún peor, a la subestimación de la Filosofía y de sus problemas, ya que de ese modo se le hacen repulsivas al estudiante hasta sus cuestiones más interesantes y atractivas.

Es necesario reducir la extensión de los estudios filosóficos y ganar en profundidad todo lo que se pierda en amplitud. Y esto, aun reconociendo que la profundidad no podrá ser mucha en una edad tan verde para las disquisiciones abstractas como la que corrientemente tienen los futuros maestros. Si así es poca, con mayor amplitud será nula. Es evidente que de este modo el valor formativo de la disciplina subirá mucho o, al menos, será apreciable. Mientras que, de lo contrario, puede llegar a ser contraproducente.

FILOSOFÍA DE LA EDUCACIÓN

Contra lo que a primera vista pudiera parecer, tampoco disminuye su valor instructivo, pues el trabajo será tanto más eficaz en este aspecto cuanto más se reduzca el área afectada por el estudio a los conocimientos que le son necesarios al maestro y sólo a ellos. Si en el primer caso se aprende superficialmente, y sin penetrar su sentido, la solución de una multitud de problemas filosóficos —y esta es la contingencia más feliz— que han de ser prontamente olvidados y no han de dejar más rastro que el ejercicio de las facultades de la memo-

ria y de la imaginación, en el segundo caso, además, se cultiva la inteligencia y se penetra el hondo sentido de algunos problemas filosóficos, precisamente aquellos de cuyo conocimiento tiene necesidad el maestro, con toda la satisfacción y todo el placer que de semejante saber se sigue.

De modo que el actual planteamiento de los estudios filosóficos en el Magisterio, a causa de sus pretensiones de amplitud, adolece del defecto de ser un muestrario, un esquemático resumen de casi todos los temas filosóficos, de forma que apenas se puede hacer otra cosa en los cursos concedidos que rozar las cuestiones sin penetrar en ellas, convirtiéndose así un instrumento del más alto valor formativo en un factor "deformativo" que conduce al verbalismo.

Entendemos que resulta necesario y urgente volver a designar los estudios filosóficos en el Magisterio con la denominación de *Filosofía de la Educación*, por no darles un apelativo más exacto, aunque excesivamente pretencioso, como sería el de *Ontología de la Educación*. Pero esto no con la intención de que varíe el nombre y las cosas sigan lo mismo. La Filosofía de la Educación no ha de ser entendida como un resumen de la Filosofía, parejo al del Bachillerato, con alusiones a la educación, sino que debe ser un verdadero estudio filosófico de la educación.

De este modo entendemos que quedará a salvo e incluso se multiplicará la eficacia de la Filosofía en los dos ámbitos ya mencionados: en el de la formación y en el de la instrucción. Porque, por un lado, una investigación filosófica atenta y perseverante de unos pocos temas, llevados hasta sus últimas consecuencias, resultará más eficaz para el desarrollo de la agudeza y la exactitud en el juicio para la penetración mental y para el rigor lógico en los razonamientos, que un indigente programa de toda la Filosofía, necesariamente reducido a una enumeración de temas y a una serie de definiciones aprendidas de memoria, sin calar en la entraña de su significado. Forma más resolver personalmente un problema que aprenderse de memoria la solución de un centenar.

Por otro lado, las cuestiones que el futuro maestro ha de aprender serán sólo aquellas que le han de aprovechar en orden a la profesión que se ha elegido, es decir, las que atañen a la educación. Eso sí, todas ellas han de ser estudiadas concienzudamente para que no sólo le formen durante la realización efímera del aprendizaje, sino que se le graben hondamente y le acompañen toda la vida como ideas madres que rijan sus futuras adquisiciones teóricas poniendo orden en ellas, orienten su conducta, le faciliten la comprensión de cualquier otra cuestión que se le presente y constituyan la base firmísima, el fundamento inmovible de todo su saber y de todo su hacer. Para ello es necesario que su esfuerzo filosófico se orien-

te esencialmente y hasta exclusivamente hacia la educación, que es su especialidad y como el centro de gravitación alrededor del cual girarán toda su vida y sus mejores afanes intelectuales. Pocas cuestiones filosóficas íntimamente relacionadas con la educación y estudiadas con la mayor profundidad que le sea asequible al alumno: ese es el programa ideal.

Traducido este esquema al lenguaje filosófico, diríamos que el objeto material de la Filosofía en las Escuelas del Magisterio Primario debería ser la educación, y el objeto formal de la Filosofía. Dicho de otro modo, la Filosofía debe consistir en un estudio de la educación desde un punto de vista exclusivamente filosófico: una verdadera Filosofía de la Educación en el sentido más estricto de la expresión.

Ello llevaría consigo, entre otras tareas de menor importancia, una investigación filosófica, lo más recia posible, sobre la noción de causa en general y sus divisiones sobre la materia y la forma, sobre el accidente y la sustancia, sobre la potencia y el acto, sobre los fines y su subordinación, sobre los conceptos de ideal y modelo.

VENTAJAS DE UNA "FILOSOFÍA DE LA EDUCACIÓN"

A la vista está que estos temas, y algunos otros que habría que añadir, darían al alumno que los estudiare con detenimiento más exacta idea de lo que es la Filosofía que todo el farrago de nociones filosóficas con que actualmente se atiborran sus mentes. La formación no perdería nada, pues son temas más que suficientes para ocupar su mente y su capacidad durante el tiempo que actualmente se reserva en el plan de estudios a esta disciplina, y tendría además la inmensa ventaja de situar a la vista del alumno el fin concreto y definido de sus esfuerzos intelectuales. Porque vería claramente la aplicación de todas esas nociones a un ente concreto y determinado, a la educación. No sería ya un estudio de la causa sin más, sino de la causa de la educación, de la materia, de la forma, de la causa ejemplar de la educación. No se quedaría en la pura región de lo general y abstracto, sino que descendería repetidamente a considerar en la realidad concreta lo que concibió como abstracción; movimiento de descenso poco menos que indispensable en una edad en que resulta casi imposible la permanencia prolongada en la esfera de la abstracción de tercer grado. Ya se sabe, por otra parte, cuánto anima y alienta en el estudio el tener a la vista un fin concreto y bien definido al que aplicar y en el que comprobar las adquisiciones trabajosamente logradas y cuánto desanima y desconcierta el desconocimiento de una posible aplicación de descubrimientos tan fatigosamente elaborados. Y la finalidad de estos estudios no solamente presen-

tida, sino perfectamente patente, sería, nada menos, el esclarecimiento y elucidación del ser de la educación, alrededor del cual, como de su centro, deben girar todos los intereses del futuro maestro.

Y esto nos llama la atención sobre un vacío que se observa entre los aspirantes al Magisterio actualmente, vacío que se extiende en muchos casos a los que forman ya activamente en sus filas. Ciertamente que solamente en su ambiente es donde se da culto al estudio de la educación y al hecho educativo, del que pocas salpicaduras trascienden hacia esferas culturales ajenas al Magisterio. Pero también es verdad que ellos mismos hallan a cada paso vacilantes y sin base sus conocimientos pedagógicos, pues el ser de la educación, que viene a ser la clave del arco de todo el saber y el hacer educativos, es un ente inaprensible y difuso para gran parte de los iniciados en la Pedagogía y se ven en un aprieto cuando, al preguntarles qué es la educación, no se contenta el interrogador con una definición trillada tomada de un manual.

Es necesario construir sobre cimientos sólidos si queremos que el edificio tenga consistencia. Aparte de otras muchas razones —y ciertamente de peso—, esta es una no despreciable del porqué la Pedagogía se acerca con tanta insistencia a la Religión a buscar en ella arriño y fundamentación: porque no se utilizan los elementos de sustentación que puede ofrecerle la Filosofía, y si alguna vez se ha hecho, se ha hecho con toda clase de vacilaciones y reservas mentales o, lo que es mucho peor, se ha echado mano de sistemas filosóficos viciados por errores de tipo metafísico y antropológico, con los desastrosos resultados que cabía esperar de tan desdichada elección. Bien está este acercamiento a la Religión, pero más fructífero resultaría aún así, en vez de basarse en afirmaciones dogmáticas directamente —firmes y legítimas, sin duda—, se verificase la aproximación pasando antes a través de una sana Filosofía, debidamente relacionada con la Teología. Y en este sentido es en el que propugnamos un nuevo enfoque de los estudios filosóficos en el Magisterio Primario.

EDUCACIÓN DESDE LA FILOSOFÍA

Un enfoque filosófico de la educación tendría la virtud de ofrecer base y dar cuerpo y consistencia a la Pedagogía, que hoy se ve y se desea para mantener su independencia, junto con su objeto propio, frente a las diversas ciencias que entran a saco en sus dominios tratando de repartírselos entre sí. Tal acontece con la Psicología (tanto racional como experimental), la Técnica pedagógica, la Paidología, la Lógica y la Metodología, que amenazan con dejar a la Pedagogía reducida a un prontuario de consejos bien intencionados.

La Filosofía de la Educación puede, en cambio, ofrecerle sólido y compacto el elemento primordial del hecho educativo, que es la educación misma considerada como ser, sin interferir por eso su esfera peculiar y específica, puesto que las dos son ciencias que se mueven en planos distintos, sin puntos ni líneas de intersección. Y ese es precisamente el objeto típico y exclusivo de la investigación racional o experimental de la Pedagogía. La Filosofía de la Educación estudiaría las últimas causas del ser de la educación; la Pedagogía se encargaría de estructurar todo el saber acerca de la educación sobre los cimientos echados por la Filosofía, analizaría el hecho educativo tal como se ofrece a nuestra experiencia y a nuestra reflexión, investigaría el desarrollo perfecto del hombre deduciendo sus leyes, analizaría los elementos activos y pasivos que lo componen, su modo de entrar en juego, registrando sus relaciones recíprocas, sus acciones y sus

pasiones, sus modalidades y procedimientos, los métodos más eficaces a seguir, etc.

Pero todo esto ¿qué sería sin una previa elucidación del ser de la educación en sí mismo considerado, sin un saber de su fundamento último y de su sentido integral? La Filosofía de la Educación, entendida como hemos tratado de hacerlo, lejos de entrar a saco en el ámbito de la Pedagogía, la hace posible. Bueno será, por tanto, que todo maestro que piense dedicarse al conocimiento de esta Ciencia y a su ulterior aplicación al perfeccionamiento del hombre, aprenda desde el principio a conocer filosóficamente aquella entidad que hace que no se reduzca a una pura entelequia y, de paso, se provea de hábitos intelectuales y morales idóneos para su futura profesión y de ideas claras y fundamentales, indispensables para organizar todo su saber acerca de la educación y del hecho educativo y para sublimar la eficacia de su noble y honrosísima tarea.